



LA CENA ESTÁ SERVIDA EN CASA DE LOS KAFKA

IVÁN DARÍO UPEGUI

Franz terminó de firmar unos papeles que tenía encima del escritorio, cerró la puerta de la oficina y atravesó la plaza. Pronto llegó a casa, subió la escalera y entró directamente en su cuarto. Se quitó el abrigo y el sombrero y los puso en la cómoda. Luego fue al baño y se lavó las manos. Su madre estaba terminando de arreglar la mesa del comedor. Un rato después la cena estaba servida. Ottlá, la hermana de Franz, se sentó dispuesta a beber la sopa de tomate y comer el pollo relleno que la criada había preparado.

—¡Hermann! —llamó la madre—, ¿puedes dejar de leer esos periódicos? ¡La cena está servida!

Le dio un beso a Franz en la mejilla y dijo:

—Siéntate, hijo, tus verduras están listas.

Franz saludó a su hermana y se remangó la camisa.

—¿Estuviste practicando el violín? Eso me alegra. Pronto nos vas a dar un concierto.

—Todavía falta —dijo la hermana—, pero te lo prometo.

—¡Hermann!, ¡se va a enfriar la sopa, ven!

Aunque los tres se encontraban sentados a la mesa, ninguno había empezado a comer, pues nunca lo hacían antes de que el padre tomara la primera cucharada de sopa.

—Al fin, creí que me iba a tocar calentarla de nuevo —dijo la mujer, mientras ayudaba a sentar a su esposo en la cabecera de la mesa.

El señor Kafka era enorme. Tenía el cabello blanco y algo revolcado, la mirada siempre adusta. Se había puesto la bata de dormir como cada noche, luego de que cerraba la tienda y marchaba a casa.

—¿Y la señora Bert? —preguntó el padre luego de que le hubo echado una mirada a la comida.

—Hoy amanecerá en su casa —dijo la esposa—. Uno de sus hijos está enfermo.

—Se ve que hizo la cena a toda prisa. Esto es una bazofia.

—Hermann, no seas tan duro con ella. Hace lo mejor que puede.

—No me vengas con cuentos, Julie, siempre tratas de justificarla. He perdido el apetito.

—Come, Hermann, si no te alimentas bien, vas a enfermar.

Dio dos sorbos a la sopa y puso el plato a un lado.

—Esto me recuerda cuando era niño. Muchas veces debí irme a la cama sin probar bocado. Éramos tan pobres.

—Papá —dijo Franz—, ¿vas a comenzar?

Pero era como si el padre no hubiera escuchado las palabras de su hijo, entonces prosiguió:

—Como no tenía ropa de invierno y andaba con los zapatos rotos, se me formaban llagas en los pies. Era apenas un chiquillo cuando tuve que ir a Pizek a trabajar en la tienda.

—Papá.

Esta vez era Ottla quien pretendía callarlo para que no siguiera, pues ya se imaginaba en qué iba a terminar la cena. El padre tomó los cubiertos y partió un pedazo de pollo. Se lo echó a la boca e hizo una mueca de disgusto.

—Ah, claro —continuó mientras terminaba de tragar el pollo—, ustedes siempre lo tuvieron todo, mientras yo trabajé como un burro desde pequeño.

—Hermann.

—Ustedes viven como reyes. No les falta nada. En cambio yo viví con mis hermanos en una habitación del tamaño de este comedor.

—Padre, ¿puedes cambiar de tema?

—Bueno, veo que hoy están muy susceptibles.

—¿Cómo te fue hoy? —le preguntó la madre, como tratando de desviar el tema de conversación.

—Hoy tuve un día terrible. Además, Henry sigue incapacitado. A ver si revienta de una vez ese perro enfermo.

—Pero Irma te está ayudando, ¿no, papá?

—Ah, la cantidad de porquería que me ha dejado esa bienaventurada. Mejor no la hubiera recibido en la tienda. Es una criatura torpe, medrosa, desganada, holgazana.

—Papá, es tu sobrina.

—En la tienda es una empleada más, una enemiga más.

—No hables así de ella, Hermann, es una muchacha muy joven.

—Eso sucede cuando uno no tiene hijos a los que les duela el negocio. A veces me pregunto para qué me sigo quebrando la espalda. ¿Tiene algún sentido que yo siga al frente de la tienda?

—Otra vez me sacas en cara lo mismo —dijo Franz—. Lo único que he hecho en la vida es obedecerte. Querías que fuera abogado y estudié Derecho. Si hubiera ido a trabajar en la tienda no nos hubiéramos soportado un solo instante.

—Primero come y luego habla.

De pronto Franz tuvo un acceso de tos. Se levantó de la mesa y fue al baño por una servilleta.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó la madre.

—Estoy bien, mamá. Solo es una tos pasajera.

—Eres muy duro con él, Hermann.

—Déjalo, Julie. Ya es un hombre hecho y derecho. No lo trates como si fuera un niño.

Franz regresó a la mesa. Tenía los ojos lagrimosos.

—Bebe un poco de leche —dijo su madre—. Eso te hará bien.

—¿Ya fuiste a ver al médico? —retumbó la voz del padre— No tienes tiempo, ¿verdad?

El señor Kafka había retirado los platos a un rincón de la mesa, y ahora se hurgaba las orejas con el dedo.

—Esta semana no fuiste a trabajar un día. ¿Qué te pasa? Te dije que si querías llamaba al médico, pero te opusiste.

—Tú no tienes que preocuparte por mi salud —dijo Franz, todavía con la voz afectada por la tos—. Si no fui a la oficina era porque me sentía como un insecto, incapaz de levantarme de la cama. Pero, claro, tú no entendías y me azuzabas con tus palabras, que yo sentía como bastonazos en mi espalda. Hasta llamaste a mi jefe para disculparme, como si yo fuera un chiquillo que ha faltado a la escuela.

—Eres un desagradecido.

—Y no te importaba. Eso lo sabía claramente, pues fuiste capaz de recibir a esos proveedores de telas y llenar las órdenes de envío, en lugar de venir a verme.

—Ah, siempre eres la víctima, siempre soy yo el culpable de todas tus enfermedades. Si tienes mala digestión, si te duele la columna, si se te cae el pelo, si tienes tos. Eres un hipocondríaco.

—Hermann.

En la mesa había una frutera llena de manzanas rojas. Mientras su padre hablaba, Franz sintió como si lo estuviera bombardeando con las manzanas. En un momento alzó tanto la voz que sintió como si una de ellas se le hubiera clavado en la espalda. No obstante, el padre continuó:

—La semana pasada, por ejemplo, me culpaste de haber arruinado tu matrimonio. En qué cabeza cabe semejante idea. Yo, oponerme a que mi hijo sea feliz.

—Eres un cínico, padre. ¿Ya no recuerdas tus palabras? Me dijiste: “Seguramente tu novia se puso una blusa muy mona, eso se puede resolver, yo te puedo dar un buen consejo”. ¿Ese es el concepto que tienes de mí? ¿Crees que el matrimonio para mí es solo eso?

—No exageres, no lo tomes tan a pecho.

—Tú sabes que lo único que yo quería era formar una familia. Felice es una buena muchacha, pero la trataste como a una puta.

—Lo único que querías con ese matrimonio era marcharte de esta casa, pero no lo hiciste.

La madre se levantó de la mesa, recogió los platos que el padre había puesto a un lado y fue a la cocina. Otilia hizo lo mismo con los de ella y la siguió.

—Tú vives a costa mía, siempre has vivido a costa mía, pero te escudas diciendo que soy el culpable de tu fracaso.

—¡Ya, Hermann, basta! —dijo la madre, precipitándose y abrazando a su esposo—. Deja ya de mortificarlo.

Franz se levantó de la mesa, fue a su habitación y la cerró de un portazo. Luego puso el cerrojo y se tendió en la cama.

—Déjalo, Julie —dijo el padre—, nuestro hijo no es más que un bicho raro, ya le pasará.

—No seas injusto con él. Ya sabes que es un joven enfermizo.

El padre metió la mano en el bolsillo de la bata de dormir, sacó sus gafas, se las puso y empezó a cortarse las uñas. Todavía se quedó un buen rato en la mesa del comedor. Más tarde fue al salón de estar y se sentó en la butaca a leer el periódico. No había leído durante cinco minutos cuando se quedó dormido. Otilia y la madre le insistieron para que se fuera a la cama, pero él no les hizo caso. Luego de incontables esfuerzos lograron que se pusiera de pies y lo arrastraron hacia la habitación. Se veía enorme entre su esposa y su hija menor, pero a la vez lánguido y encorvado. ■

Iván Darío Upegui (Colombia)

Medellín, 1960. Ha publicado *Atardecer en las Vegas* (2008), *De escritores y gentes del común* (2010), *La noche antigua* (2014). Actualmente escribe aforismos, crónicas, ensayos y relatos en su página web *Miscelánea alfabética*, en la dirección electrónica ivandarioupegui.com. Además, fue el fundador del proyecto editorial Palabras Rodantes del Metro de Medellín, empresa para la que ha trabajado durante los últimos quince años.